

FIGURAS DE LO REAL

Ginette Michaud



Nueva Visión

COLECCIÓN FREUD ◊ LACAN
Dirigida por Roberto Harari

Ginette Michaud

FIGURAS DE LO REAL

Clínica psicoanalítica de las psicosis

Prólogo de Jean Oury

UNIVERSIDAD DE CHILE
FACULTAD DE CS. SOCIALES
BIBLIOTECA

Ediciones Nueva Visión
Buenos Aires

616.89
M622-f
2002
c.1

razonado de esta dimensión, que permite considerar de manera nueva los diagnósticos estereotipados de la psicopatología tradicional en materia de síntomas secundarios, delirios y alucinaciones.

Mi compromiso en este trabajo con pacientes psicóticos me hizo privilegiar, en el estudio de la obra de Lacan, sus escritos y su enseñanza oral hasta alrededor de 1975. De ahí que no vayan a encontrarse aquí referencias a sus últimos desarrollos teóricos, especialmente los referidos a los nudos borromeos, que abordaré más adelante.

Son precisamente los avances teóricos de Lacan sobre lo Real los que me permitieron medir el valor propiamente clínico de este concepto en mi trabajo con pacientes psicóticos.

Lo Real de que nos habla Lacan es en primer lugar lo imposible, esto es, un límite al que el psicótico se aproxima con angustia y que, si los normópatas que somos no advertimos el peligro, provoca el pasaje al acto. La irrupción del sujeto por la vía de la falta subraya su lugar en lo inconsciente.

La psicopatología no da su lugar al sujeto, pero la clínica psicoanalítica no podría abordarla de otro modo que admitiendo el surgimiento de lo Real en la vida, en los síntomas, la cotidianidad, la historia del paciente, localizables en la cura.

Que hagan falta dispositivos especiales para favorecer el encuentro y preservación de la emergencia del sujeto es algo que está fuera de dudas, y consagré todo un capítulo al establecimiento de uno de ellos, el *practicable*. Queda por saber qué figura adoptará lo Real para posibilitarnos el acercamiento al sujeto, y en esto residen lo sorpresivo y el aspecto perturbador del trabajo analítico. Que lo Real pueda adoptar todas las figuras, desde la del vacío hasta la de las hipóstasis barrocas destinadas a impedir la manifestación de la angustia, ésta es la realidad que debe afrontar el psicoanalista en su relación con la psicosis.

PRIMERA PARTE

ACTO Y TRANSFERENCIA

Capítulo 1 TRANSFERENCIA PSICÓTICA Y TRANS-INSCRIPCIÓN*

Lo que voy a contar es una historia de amor, una historia de amor de transferencia, para ser más exactos.

En los inicios de mi práctica, esta historia me llevó hacia los laberintos de la psicosis en los que intentaba desesperadamente encontrar el hilo de Ariadna.

Se trataba de una mujer, esquizofrénica paranoide, cuya enfermedad evolucionaba desde hacía muchos años con pasajes al acto gravísimos y hospitalizaciones de larga duración. La tuve en cura analítica hace más de treinta años. La llamaré, a lo largo de esta obra, Harriet.

En determinado momento de su evolución, presentó un delirio paranoide de angustia desplegado en crisis de agitación que podían durar horas. Durante estas crisis había riesgo de violencia, contra sí misma o contra mí, y yo la sostenía sin dejar de verbalizar lo que pasaba y siempre a la escucha del menor signo procedente de ella.

Harriet expresaba las representaciones amenazadoras que la invadían: "La serpiente, está llegando... Va a estallar todo... No... No... etcétera".

Al cabo de unos meses pudo abordar este delirio del que, entre

* Este capítulo es una reedición ampliada de la conferencia pronunciada el 23 de febrero de 1986 en el coloquio del Centre Georges-Pompidou, París, organizado por EFFERS. Véase su primera publicación, bajo el título de: "Psychose et trans-inscription", en *Un siècle de recherches freudiennes en France, 1885/1886 - 1985/1986*, Toulouse, Érès, 1986, págs. 121-127; segunda publicación, titulada: "Transfert psychotique et trans-inscription", en *Institutions*, n° 9, *Le transfert* (2), junio de 1991, págs. 43-52.

tanto, yo nada había comprendido. Era un tema delirante más entre los muchos que presentaba.

El trabajo que realizamos juntas durante esos años fue intenso, agotador, doloroso, como todo trabajo con los enfermos esquizofrénicos graves. Gracias a diversas técnicas —elaboradas a raíz de mi formación con Gisela Pankow y François Dolto—, mi paciente pudo expresar completamente este delirio, cuya sustancia es la siguiente:

Una serpiente que llevaba encima a la muerte frecuentaba los mares y se desplazaba entre el polo Sur y el polo Norte. Un día se desplazará de tal manera que el polo Sur quedará comunicado con el polo Norte y la tierra explotará (lámina 1).

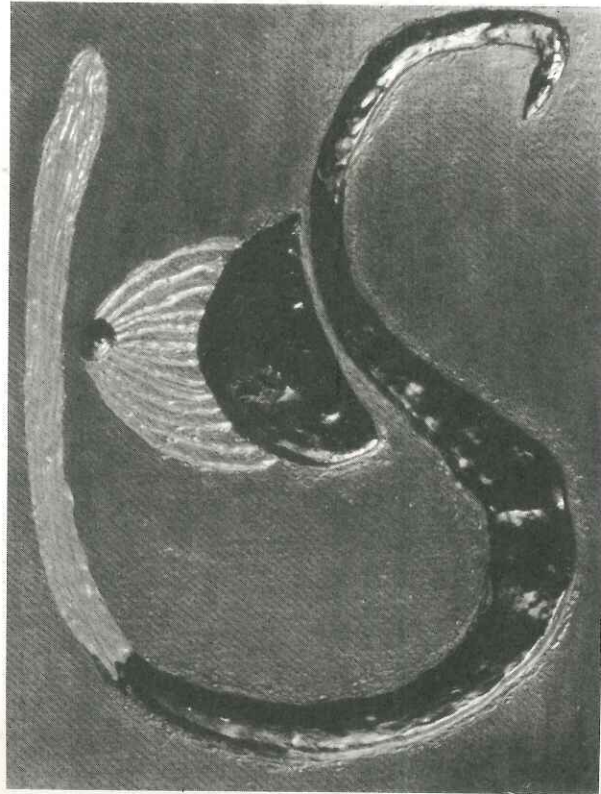


Lámina 1

En apariencia, aquí no hay más que un tema delirante de lo más banal.

Poco tiempo antes de la exposición completa del delirio, la mujer me había proporcionado elementos sobre la vida de su padre:

investigador, autodidacta, trabajaba en el equipo del científico X (cuyo apellido es un nombre de pila). Luego transcurrió más tiempo aun entre el delirio propiamente dicho y las formas diferenciadas en que se expresaba, los otros delirios conexos y alucinaciones... en abundancia.

Tuve entonces un sueño muy especial en el que reapareció un elemento que supe reconocer vinculado a una experiencia arcaica de mi vida: necesité varios años de análisis para descifrarlo.

Cuando los significantes de este tipo de experiencias vuelven en sueños, entran como es lógico en resonancia con lo que pueden describir ciertos pacientes psicóticos en sus vivencias de disociación y extrañeza.

Mi sueño se particularizaba justamente por estos significantes. Se trataba de la castración de X, nombre de pila de un amigo mío que coincidía con el patronímico del científico, jefe de servicio del padre de mi paciente. El padre de mi paciente dependía del dictamen administrativo de este *jefe [patron]* para pasar de una condición social no reconocida a una oficial: se trataba de una *nomination*. Ésta vendría a sancionar el éxito de una experiencia llevada a cabo por ellos y que tuve ocasión de conocer. Sucedió a partir de una intervención en la cura que tuvo un efecto llamado posteriormente por mí *trans-inscripción*; pero esto mucho después de los hechos que voy a relatar.

En mi sueño mi amigo X se hacía operar, transformar en mujer. Estaba encantado, pero un poco molesto; se preguntaba cómo anunciarlo a nuestros colegas. Y además se quejaba del cirujano, que le había cosido la vagina sin dejarle "el fantasma de un hijo peritoneal". Este sueño me hizo trabajar mucho, como buena neurótica que era. Pero me avisó, a través de un *significante guño* particular, que tocaba algo que mi paciente debía movilizar.

Yo habría podido callarme. Ella misma habría podido no darme la oportunidad de decirle nada. Ahora bien, mencionó otra vez a X. Consciente del desplazamiento y de la identificación, muy clara para ella, entre X y su padre, operé —por decirlo así— el puente, en función de mi sueño, y le pregunté: "¿Cómo fue castrado su padre?"

¡Pregunta que puede parecer delirante o, cuando menos, osada! Sin embargo, fue operatoria. Mi paciente, de pronto *presente* siendo que atravesaba un repliegue autístico manifestado, se *desplegó* y

con su pequeña voz monorde y apagada me contó la aventura que le había transmitido su familia, en especial su padre, acerca del fiasco en que había terminado la experiencia que debía asegurar notoriedad a X y, a su padre, la nominación al puesto esperado, compensando su falta de diplomas. Se necesitaron tres o cuatro sesiones para que pudiese hacer el relato completo de esta larga historia.

El hecho es que X, científico muy conocido, debía implementar a gran escala una experiencia de laboratorio que llevaría su nombre, en un punto del mar Caribe, en un barco propulsado no por energía atómica (aún no se la había descubierto) sino por amoniaco líquido. Su padre había logrado esta síntesis y mantenido la fórmula en secreto; ésta era justamente su moneda de cambio para su falta de diplomas. Se trataba de montar un enorme conducto, soldado anillo por anillo y lastrado con escoria de hierro, y de instalarlo en el fondo del mar para realizar la experiencia. Este conducto estaba unido a los dos polos constituidos por la esfera de montaje y por el barco experimental.

La administración francesa tardó en desbloquear los créditos como se debe, el tiempo desmejoró y los fondos marinos se agitaron. El conducto cedió. Había dos posibilidades: o bien lastrar más, llevar a término la experiencia y volver entonces a Francia triunfantes, salvo el riesgo de explosión si la esfera llegaba a golpear el barco; o bien hacer estallar la esfera y aceptar el fracaso de la experiencia, con las consecuencias nefastas para X y para quienes esperaban que el éxito les significase algún reconocimiento. Ésta fue la postura que adoptó X. Ello hizo dar un vuelco a su carrera, destruyó las esperanzas del padre de mi paciente en el plano social y tuvo para ella, debido a las incidencias del acontecimiento sobre la estructura psíquica de su padre, gravísimos efectos. Toda su vida quedó marcada por este suceso.

Poco después me trajo las veinte fotografías que reflejaban el curso de este fracaso de X, de esta *castración de X* —es decir, igualmente de su padre—, de la que nos dan una idea las láminas 2 y 3 (la serpiente y la esfera del montaje).

Luego pasamos a otra cosa, pero incluso antes de esta confirmación por las fotos y ya desde el enunciado de aquellos acontecimientos, en el curso de las tres sesiones del relato, el *delirio de la serpiente de mar* desapareció definitivamente.

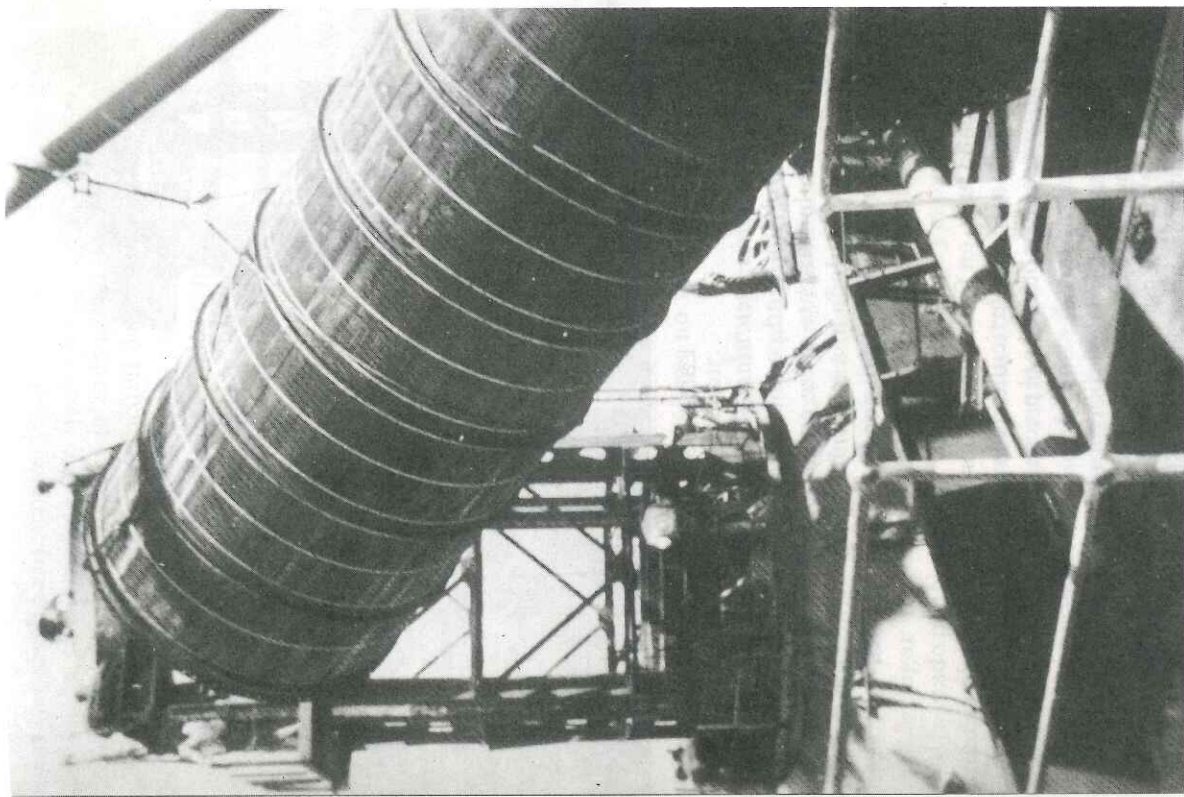


Lámina 2

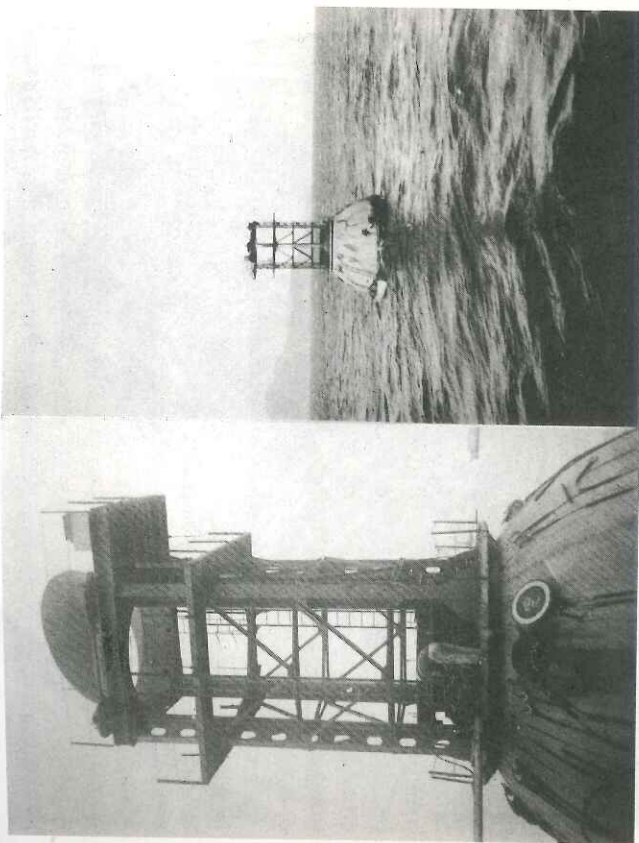


Lámina 3

En esta *forclusión secundaria*¹ de la serpiente de mar no se trata, pues, de olvido. Nada estaba olvidado. Pero nada podía ser simbolizado en lo atinente a ese episodio, índice de un problema estrechamente vinculado a la cuestión de la castración o de la no castración paterna² y que condicionó para mi paciente —que tenía entonces dos años— su desarrollo estructural.

Dice Jean Oury, en forma de humorada seria, que el psicoanálisis es tan sólo un caso particular de la psicoterapia institucional.³ Puede afirmarse también que el psicoanálisis de pacientes psicóti-

¹ Término que propongo a la reflexión por su analogía con los fenómenos de represión en la neurosis, y que recoge el término lacaniano *forclusión* como principio de la estructura psicótica.

² Esta obra intentará precisamente abordar este problema crucial.

³ La psicoterapia institucional es la referencia fundamental de mi práctica. Las reflexiones a las que me obligó fueron el punto de partida de mi compromiso en la formación y la práctica psicoanalíticas.

cos es tan sólo una aplicación particular del psicoanálisis. En este sentido, la problemática que desarrollaré a continuación de este ejemplo podrá tener cierto interés para la reflexión institucional, dado que el propósito principal de ésta es implementar una toma a cargo eficaz de los enfermos psicóticos.

Cuando un analista inicia su práctica con un paciente psicótico, la demanda del paciente es que lo libere de su angustia y su sufrimiento. Lo cual de ninguna manera implica demandar que lo releve de todos los síntomas de su psicosis.

Para el esquizofrénico, el sentimiento de no estar en la misma realidad que su interlocutor es fuente de sufrimiento pero también un modo de existencia reivindicado por él como su universo sensible. Su discurso apunta con frecuencia a defender este universo contra cualquier ataque exterior. El modo de existencia psicótico está sostenido por una estructura psíquica singular cuya organización fue despejada por Freud y Lacan y por otros que los siguieron. Esta organización es heterogénea a la organización psíquica normal o neurótica, heterogeneidad de estructuras que problematiza la comunicación —en el sentido habitual del término—, pues en el psicótico el universo del discurso se establece en un mundo donde los puntos de referencia simbólicos no forman una red común con los significantes del interlocutor.

Ahora bien, el análisis *tradicional* supone una lengua común cuyo código ambas partes han tenido que adquirir. Con un psicótico, este código no existe. ¿Cómo comunicarse entonces en la cura y establecer un *lugar-tercero* que sea hablado por ambos protagonistas, paciente y terapeuta?

Este lugar tercero puede definirse a la vez por el espacio determinado por el código y viceversa. Código y espacio definen un modelo instrumental.

Jean Oury daba en sus seminarios un ejemplo tomado de Leroi-Gourhan: no se puede cortar manteca con un cuchillo hecho de manteca, se necesita filo. La diferencia de naturaleza material va a definir el conjunto instrumental y posibilitará la operación de corte. Así se crea el espacio. Lacan daba el ejemplo de la creación de éste. Hablaba de una placa de goma: con un *cutter*, se la hunde por una *línea de corte*. La goma se retrae y aparece un espacio, vacío, donde antes no había *nada*. También es un conjunto instrumental específico el que, posibilitando la operación de separación,

ayuda a cortar el vínculo en una relación llamada fusional y a crear la *distancia*, garante de la autonomía. Así es el proceso de defusión que la madre prepara habitualmente antes de que intervenga la operación paterna para abrir el espacio del deseo.

La operación no es simple. Requiere aceptar un código de representaciones sobre el cual pueda fundarse el diálogo; al profanar, ese *lugar-tercero* entre el analista y su paciente puede aparecerse como delirio de dos o, cuando menos, como un lugar-tercero del que todo tercero está excluido. Se trata de un espacio anterior a la simbolización, suerte de "chora semiótica"⁴ donde lo que surgiría como tercero es el código, posibilitando entonces la intervención de un *tercero cualquiera* además del analista, pero esto en un segundo momento.

¿Cómo trabajar para instalar ese *lugar-tercero*, lugar de encuentro entre el analista y su paciente? Yo diviso tres medios idóneos:

- los *métodos proyectivos de la imagen del cuerpo*, como los de Gisela Pankow con los modelados (pero hay otros);
- en el discurso y en la economía cotidiana, la utilización de un *espacio metonímico de intervención* capaz de desplazar hacia investiduras posibles la energía movilizada por la demanda y de permitir que los síntomas se distancien;
- la *acogida de los signos del sujeto*, con referencia a su código delirante: objetos diversos que tienen un sentido diferente según el momento de la comunicación con el analista y que exteriorizan fases distintas de su trabajo analítico. Se sobreentiende que el sentido del objeto traído en una cura en forma de *regalo* tiene un destino diferente según que se trate de una cura de neurótico o de psicótico, al menos en general.⁵

Gracias a la transferencia, y al mismo tiempo sosteniéndola, la instalación de ese *lugar-tercero* permite que aparezcan en la cura *figuras de lo Real*: en particular alucinaciones y delirios a los que de otro modo el analista no tendría acceso. Porque en ese momento, en vez de ser padecidos y traducidos, son enunciados y dichos a éste.

⁴ Véase J. Kristeva, *La révolution du langage poétique*, Paris, Seuil, 1973, pág. 31.

⁵ Véase *infra*, el desarrollo de esta problemática, Segunda parte, cap. 4, págs. 93-95.

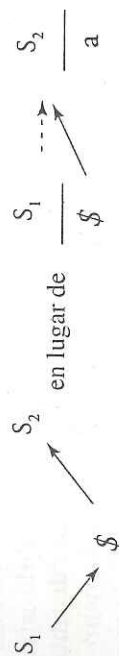
La instauración de la transferencia, masiva como en todo tratamiento de pacientes psicóticos, sufrirá los avatares de la estructura y será un impedimento para la cura pero por razones distintas que en el tratamiento de pacientes neuróticos. En la neurosis de transferencia, la transferencia resiste igualmente a la movilización; la investidura es masiva, indiferenciada, y al comienzo de la relación no repite otra cosa que una modalidad de relación simbólica. La vivencia de identificación fusional y el predominio de la identificación narcisista bloquean el intercambio. Para que haya comunicación tiene que haber heterogeneidad de experiencias simbolizadas, puestas en código, memorizadas.

En la cura con pacientes psicóticos las dificultades de comunicación son dobles. Por un lado, *no existe ninguna red significativa común* que permita intercambiar las experiencias vividas (intercambios de significantes, metáforas en acto, etc.). Hay, por otro lado, *resistencia a adquirir esta red común mínima*. Tal resistencia es atribuible a la estructura y al tipo de relación simbólica en la transferencia. De ello resulta una dificultad para establecer el lugar del análisis en que el sujeto, fuera de campo, pueda ser comprendido, escuchado, allí donde no habla.

En el análisis de un paciente neurótico, este movimiento de representación del sujeto a sí mismo por el descubrimiento de los significantes que lo designan —en los lapsus, sueños o asociaciones— es el motor de la cura. Dicho movimiento es la puesta en acto del proceso metafórico señalado por Lacan y contenido en su célebre aforismo: "Un significante representa a un sujeto para otro significante",⁶ cuyo algoritmo podría escribirse, después de Lacan y utilizando sólo tres términos en vez de los cuatro de su demostración desarrollada:⁷

⁶ Véase J. Lacan, por ejemplo "Subversion du sujet et dialectique du désir dans l'inconscient freudien" (congreso de Royaumont, 19-23 de septiembre de 1960), en *Écrits*, Paris, Seuil, col. "Le champ freudien", 1966, pág. 819. Versión castellana: "Subversión del sujeto y dialéctica del deseo en el inconsciente freudiano", en *Escritos 2*, Buenos Aires, Siglo XXI editores, 1987 (14ª edición), pág. 799.

⁷ A título indicativo, ilustro el término sujeto por $\$$, sin prejuzgar el hecho de que en la teoría lacaniana el sujeto barrado adviene sólo tras haber pasado por los arcanos de la castración. Mi propósito es hacer más fácilmente diferenciable la lectura entre sujeto, significante y significado.



Esta escritura funciona en el neurótico, donde el código está constituido en el lenguaje por los significantes ($S_1, S_2, \dots$ etc.) que pueden deslizarse metafórica o metonímicamente y que conservan sus lugares gracias a este deslizamiento. En el psicótico, un *significante representa al sujeto para el sujeto*, es decir, para una red coyuntural con su código delirante:

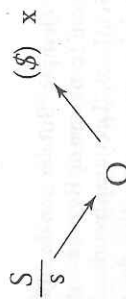


En el delirio, precisamente, el sujeto está descentrado hacia *alguien* para el que todo puede constituir signo.

Tomó aquí el algoritmo saussuriano que determina las relaciones entre el *significante* y el *significado*:

$$\frac{S}{s} = \frac{\text{Significante}}{\text{significado}}$$

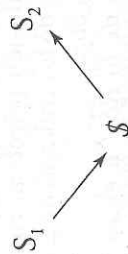
Recuerdo a título indicativo la *definición del signo* en la inter-subjetividad, siempre según Jacques Lacan: "un signo representa algo para alguien".⁸



⁸ Otro célebre aforismo de J. Lacan. Véase, por ejemplo, "Position de l'inconscient", intervenciones en el congreso de Bonneval, 31 de octubre-2 de noviembre de 1960, condensadas en 1964 y cuyo texto se incluye finalmente en *Escritos*, op. cit., pág. 840. Versión castellana: "Posición del inconsciente", en *Escritos 2*, op. cit., pág. 819.

El *alguien* es, ante todo, la presencia del Otro. Para el psicótico, el Otro es forzosamente malintencionado y el sujeto percibe su mala intención. El deseo de localizar a ese Otro queda ligado entonces a un proceso de atribución y diferenciación. Se trata primeramente de una indiferenciación plural: "se" [on], "ellos". Luego, la atribución al perseguidor se precisa y se singulariza, se trata de "él" o de "ella", y después se añade la cualidad: la "voz del policía"⁹ o la del "fiambbrero".¹⁰ Por último, queda hecho el reconocimiento: "el señor Fulano", "mi suegra", etcétera.

Para restablecer la metáfora, en la medida en que esto sea posible, es preciso que el *significante* propuesto para el intercambio metafórico venga de otra parte, no pueda ser recogido en un signo y escape entonces a la captura delirante, a fin de que se inscriba el proceso:



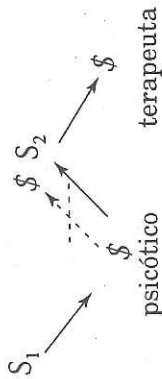
La hipótesis de que en la transferencia este *significante* (S_2) procede —una vez establecido el lugar-tercero al que ya me referí— del espacio psíquico del terapeuta, se funda en mi experiencia clínica así como en el testimonio de muchos autores, aun cuando la teorización de su experiencia no se asiente sobre la misma hipótesis. Para citar sólo a estos últimos, mencionaré a H. Searles, J. Oury, J. Bigras, P.-M. Bibié. Lo que yo llamo *trans-inscripción* puede ser una de las formas de lo que se denomina, sin mayores precisiones, "comunicación de inconsciente a inconsciente", como lo proponía Freud ya en 1921.¹¹ Esta comunicación se situaría en la inscripción exacta de la representación del sujeto psicótico por

⁹ G. Pankow, *L'homme et sa psychose*, Paris, Aubier-Montaigne, 1969, pág. 92.

¹⁰ Véase J. Lacan, *Les psychoses* (1955-1956), Livre III, Paris, Seuil, col. "Le champ freudien", 1981, seminario del 7 de diciembre de 1955, pág. 59. Versión castellana: *Las psicosis*, Barcelona, Paidós, 1984, pág. 75.

¹¹ Véase S. Freud, *Psychoanalyse und telepathie* (1921), G.W., tomo XII, págs. 27-44; S. E., tomo XVIII, págs. 173-193; traducción francesa dirigida por A. Bourguignon, P. Cotet, J. Laplanche, "Psychanalyse et télépathie", en

un significativo del terapeuta. Significante que representa al sujeto del terapeuta en sus propias cadenas asociativas, *significante guiño* que ya he mencionado, observable en el ejemplo dado por el *sueño de la castración de X*.



Este pasaje supone que la transferencia establece una comunicación transindividual (o intersubjetiva, como se dice muchas veces) que, pasando más allá de lo representable, desborda todo el procedimiento y/o reductor comprensible; obrando la comprensión, lo mismo que la ilusión psicótica, como desconocimiento.¹² Esto, en la prolongación de los trabajos de Lacan que desarrollaré en la conclusión de esta obra.

Si llamamos *figuras de lo Real* a estas producciones que no pueden ser simbolizadas por referencia a un código personal:



justamente debido a la imposibilidad de que se inscriba en el psicótico el segundo momento de la escritura,

$$\$ \longrightarrow S$$

... nos encontraremos, por virtud de la inscripción de un significativo del terapeuta en un código transindividual que da participación

Œuvres complètes, vol. XVI, 1921-1923, Paris, P.U.F., 1991, págs. 101-118. Versión castellana: "Psicoanálisis y telepatía", en *Obras completas*, Buenos Aires, Amorrortu editores, tomo XVIII, págs. 169-184.

¹² Véase J. Oury, "Transfert et compréhension", en *Psychothérapie institutionnelle*, n° 1, Paris, 1965 (ed. S.P.I.).

al inconsciente de éste, ante los efectos de esta inscripción sobre dichas figuras.

¿Qué observamos? Que estas *figuras de lo Real* —aquí el delirio de la serpiente de mar— desaparecen justamente por causa de esa inscripción, así como resultarían "no sucedidas" si esa inscripción se hubiese operado en el sujeto mismo sin la mediación del otro.

En efecto, este *no sucedida* indica por lo regular que la operación de inscripción de lo real en un registro simbólico propio del sujeto y acorde con el código común (A), ha funcionado, que la *metáfora del Nombre-del-Padre* se estableció en el curso del edipo cerrando el camino a la psicosis. Cuando esta metáfora no se establece, el proceso que sustituye a esa operación es llamado por Lacan *forclusión del Nombre-del-Padre* y se manifiesta por la no efectividad de una inscripción simbólica fundamental y por la aparición, en lo Real, de lo que no fue simbolizado y que yo denominé *figuras de lo Real* —delirio y alucinaciones en particular—, porque tienen dificultades con la representación. Lo menciono sólo a título indicativo, pues esta parte de los trabajos de Lacan es sumamente conocida y se la ha divulgado en abundancia.

Estas *figuras de lo Real* —como el delirio paranoide de la serpiente— son consecuencia de esa ausencia de inscripción en la estructura del sujeto que Lacan llamó *forclusión*. Por esto propuse denominar *forclusiones secundarias* a esas figuras que signan y traducen el proceso de forclusión, y *candidatas*, por decirlo así, a la inscripción y por lo tanto a su *desaparición* como tales, desaparición cuya posibilidad espero haber demostrado y que se resume en el mecanismo de *trans-inscripción* que mencioné con anterioridad.

Comenté la *historia de la serpiente de mar* sólo para ilustrar mis desarrollos así como la apertura teórica que éstos pueden inaugurar. Pero agregaré que no podrán dar origen a ningún *método de tratamiento*. Por definición no transmisible, no manejable, como toda manifestación del inconsciente, un proceso de este orden a lo sumo puede utilizarse en un análisis individual o en un contexto institucional analítico cuando el analista u otro interviniente tienen ocasión de captarlo, en beneficio de su paciente y de la investigación psicoanalítica.